

ct

Sexos en llamas

Una versión de Don Juan

de
Raúl Quirós Molina

(fragmento)

La(s) protagonista(s) idealmente tendrán entre 27 y 37 años.

Los títulos de las escenas refieren a canciones que pueden abrir la acción.

SEXES ON FIRE - KINGS OF LEON

Ahí llega. Otra vez él. No querrá o no sabrá reconocirme. Se detendrá en la puerta, con una sonrisa extraña, después de haber dejado pasar a todo el mundo, a sus amigos, a alguna desconocida. Ahí está, es él, en este bar, con el mismo sombrero, la misma barba de tres días, la misma colonia.

Ahora se acercará a la barra; pero antes se tropezará con mil personas. Qué gracia, es él haciendo de sí mismo. Se acercará a la barra y el aire aburrido del bar se animará de repente, como si hubieran soltado una lata de gas venenoso y todos fuésemos a morir, y por ello tuviéramos que vivir más, beber más, respirar más para morir lo antes posible. Algunos se giran, le señalan. Una chica - la veo - se queda a su espalda, espera unos segundos y después le da dos toques en el hombro: uno, dos. Como un pajarito hambriento. Él se girará y dirá algo estúpido, como "hombre, cuanto tiempo, tú por aquí", como

Para él no es ninguna sorpresa, niña, que hayas cruzado este bar de una punta a otra, con un corazón inocente que se desborda, desde que lo has visto, bajo el jersey de angora que llevas.

Pero hablemos de aquel viernes por la noche, en el que un tipo con un tatuaje tribal en el brazo entró a esta chica en una discoteca y le dijo

Hola, qué haces aquí tan sola,

y creyó que el tipo iba de broma, que no podía existir alguien que en pleno siglo XXI pudiese entonar esas palabras sin asomo de chiste, así que esta chica pensó

Menudo idiota

seguro que le dio pábulo pensando que era gracioso, pero después de cinco minutos de recitado de manual para ligar descargado de internet, se dio cuenta que ya no cabía la poesía un viernes por la noche, no, no,

*Hojas del árbol caídas
juguetes del viento son:
Las ilusiones perdidas
¡ay! son hojas desprendidas
del árbol del corazón. (Tirso)*

Ay, esta chica se dejó besar por el tipo del tatuaje. Dejó que bajase la mano por su espalda y por dentro del pantalón y por encima de las bragas. Y mientras lo hacía no pensaba, no pensaba en nada

porque hay un regusto culpable en dejarse toquetear por desconocidos en bares, en jugar a hacerles creer que son donjuanes experimentados, en besarles en la boca a las cuatro de la mañana.

Su amigo les miraba. El tipo tatuado le soltó:

Voy a mear, guapa. ¿Quieres que te traiga una copa?

y dijo por qué no, si total, si ya había decidido follar incluso antes de salir de casa, si ya había salido cachonda del apartamento de su amiga.

Señor, os diré que francamente no apruebo vuestra vida casquivana, y que encuentro mala vuestra andar siempre buscando nuevos amores. (Molière)

Y mientras el tipo tatuado se iba a mear y a pedir copas, en este orden, le dejó con el del sombrero, el verdadero donjuan, a quien, uno y dos, golpea esta noche en la espalda, como un pajarito hambriento que picotea miguitas en el asfalto de esta ciudad.

El chico del sombrero no le puso la mano en la cintura, no le habló a un centímetro de la oreja, no dijo cosas como *voy a mear, guapa*. Qué raro, se acordó de su nombre y lo repitió varias veces, a pesar de que ella no se acordabas del suyo. Estuvo cinco minutos con ella, y te hizo sonreír.

Qué raro, este chico era amable, y atento y le hizo reír. Le hizo reír en una sala donde han arrojado una lata de gas venenoso y de donde nadie saldrá vivo: todos moriremos, es el fin, y se reía. Y el chico desapareció.

Se puso muy cachonda pero esa noche tocaba tirarse al del tatuaje. Y después del mal polvo le preguntaste al del tatuaje cómo se llama tu amigo, el simpático, el del sombrero, ah sí, él, ah no es mi amigo, apenas lo conozco.

Y ahora le das toquecitos, uno dos, en la espalda.

En este mismo bar desde el que te contaré mi historia.

*No he visto hombre
de corazón más audaz;
ni halla riesgo que le espante,
ni encuentra dificultad
que al empeñase en vencer
le haga un punto vacilar. (Zorrilla)*

Porque pasa que la vida titila como una bombilla a punto de fundirse cuando vemos a ciertas personas, y tú sonríes antes de que se dé la vuelta y te dé dos besos, como si hubieseis crecido juntos. Entonces sí te acariciará la cadera, y te gustará, y querrás que lo haga más. Yo he sido esa.

Yo también he tenido el corazón titilando como una bombilla a punto de morir cuando lo veía. Hoy no, está claro, porque sé que no me reconocerá, o al menos se esforzará por no reconocermelo, y por eso puedo venir aquí y no esperar mi turno a su espalda, uno dos, para perderme en su persona.

PUMPED UP KICKS - FOSTER THE PEOPLE

*Vedla, allí va que sueña en su locura,
presente el bien que para siempre huyó.
Dulces palabras con amor murmura:
Piensa que escucha al pérfido que amó. (Espronceda)*

No todo fue ir a bares que cerraban a las nueve de la mañana. No todo fueron raves, ni cigarrillos compartidos en la puerta del pub, ni cervezas de los pakis.

En realidad fue mucho más sencillo que todo eso. Nos encontramos donde la gente como nosotros se debe encontrar: en una cafetería. Es decir, me lo reencontré, porque él no se acordaba de aquella noche en la que me hizo reír.

Era una cafetería hecha para nosotros por gente como nosotros: en el que el barista se llama barista y no camarero, y la dueña es una francesa que cuelga tuestos con flores en las paredes. Baristas, franceses, diseñadores, escritores: vamos vaciando lugares en esta ciudad y los llenamos cafeterías donde se sirven cafés con leche de avena. Para que podamos trabajar, conocernos, amarnos, como miembros de una raza incomprendida.

Él no se sentó a mi lado ni dijo *hola*. No se acercó. No me provocó con la mirada, no dejó notas en mi mesa, ni tonterías por el estilo. Fui yo. Fui yo, yo, yo, yo, yo, maldita yo, yo quien le habló por primera vez.

Ya no se mira en esta ciudad. No miramos al bibliotecario, ni a la chica que nos atiende en el súper: nos quedamos con la idea. Fuera de ese lugar, fuera de la biblioteca, del súper, esa cara es tan solo familiar. Se mira una y otra vez, y no se recuerdan, nombres, caras, todo es lo mismo.

En realidad, se va descubriendo. Y yo fui descubriéndole a él. Nunca le dije nada de nuestro encuentro en el bar, porque me daba vergüenza que supiera que prefería a tipos tatuados a tipos con sombrero.

No se quitaba el abrigo hasta que llevaba quince minutos dentro. Se sentaba de espaldas a la puerta, y escribía y escribía en el ordenador, a veces se distraía con una mosca. Las camareras le servían café en cuanto lo terminaba, y él escondía las manos entre las rodillas, como si se le fueran a escapar volando.

Y ellas siempre sonreían y se llevaban un mechón de pelo invisible detrás de la oreja (qué ñoñas, qué ingenuas, qué previsibles somos todas). Y como la cajera que ves todos los días, como el tipo que conduce el autobús o la señora que te da los libros que pides y que nunca lees, empezamos a descubrirnos mutuamente, con un lenguaje microscópico: levantar las cejas, levantar la mano, levantar la sonrisa a los ojos.

Y un día ya nos dijimos hola, hola, y cada uno continuamos a lo nuestro.

Un día mientras sonaba Taylor Swift en mi Spotify, mientras miraba los precios del vuelo que algún día cogería a Londres, lo busqué y no encontré más que su portátil, y a él hablando fuera. Fruncía el ceño, se cubría la boca con la mano, callaba y continuaba escuchando y entonces... Se giró hacia donde estaba y pudo ver a través de mí... sin reconocirme. Quienquiera que fuera la persona que estaba al otro lado del teléfono lo había vaciado y ahora para él todo era como el cristal de la cafetería. Los tiestos, las tazas, las camareras, la ciudad entera es invisible. Colgó, se guardó el móvil en el abrigo con dudas; estaba furioso, se sentó, se restregó la cara con las palmas de las manos. Y pensé por un momento: su ordenador encendido está pasando todos los temas que le gustan y no hay nadie al otro lado de los cascos.

Me acerqué a él como quien ha llegado a tiempo a evitar que caigas por un barranco.

¿Estás bien?

Le dije. Y respondió algo que no entendí pero supe su nombre y él supo el mío. Y pensé: nuestras caras nunca más serán desconocidas. Al menos eso hemos conseguido, no ser transparentes, que la Tierra no nos fuera transparente porque yo, él, nosotros estaríamos ahí, visibles, presentes. Ser visibles: no es acaso eso el comienzo del amor.

ONE DAY - ASAF AVIDAN

Es ahora cuando te conozco de verdad, y por mi mala fortuna, te conozco cuando ya no queda nada por hacer y que ese conocimiento no puede servir más que para la desesperación. (Molière).

Bien, la historia fue así: él me dio su teléfono y yo le di el mío, pero no nos llamamos, porque eso es lo que hace la gente normal. La gente normal se llama, queda, va a tomar algo, queda más, queda más y más, se besa, se acuesta y tralarí-tralará, la gente normal se convierte en pareja.

Y tanto él como yo no queríamos ser ESE tipo de pareja.

Así que nos intercambiamos los números, únicamente para no llamarnos. Lo haremos así: un día, por ejemplo, le mando un mensaje mientras yo estoy de fiesta. Y no me contesta, pero la mañana siguiente, mientras estoy con mi amiga de resaca en la terraza de algún bar, recibo su respuesta que dirá algo así como:

Que estoy durmiendo, que trabajo mucho, que estoy de resaca.

Días más tarde nos encontraremos en nuestra cafetería (es nuestra porque allí nació este romance) y me comentará con ironía

menuda borrachera llevabas el otro día

y yo responderé

después fue mucho peor

y continuaremos a lo nuestro, a nuestros dibujos, a nuestras traducciones, a nuestros cafés con leche de avena.

Luego, otra noche, mientras estoy aburrida en cualquier tugurio recibiré un mensaje suyo, que dirá, brevemente,

estás por el centro, ¿estás por este bar, estás presente en este momento, en esta noche, en este siglo en algún lugar donde podamos encontrarnos?

Y normalmente no hubiera visto el mensaje hasta la mañana siguiente, pero esa noche tenía el teléfono móvil pegado a la mano, que es lo que ocurre cuando no queremos conversar con nuestros amigos, porque siempre hablamos de ligues de hace dos años, de festivales de hace cinco, de, de...

Y... Y apareció su mensaje y sonaba a rescate; sonaba a:

esto puede ser divertido.

Y le dije dónde estaba, pero él no conocía esta ciudad, esta calle, este bar, y salí del bar, con el teléfono en la oreja, y grité, le llamé por encima del descanso de los vecinos, y me decía,

no me grites, joder

y le dije

me he tomado unos cuantos chupitos,

y pensé, qué idiotez, pero me dijo que le guardase uno. Y entro de nuevo al bar y todo ha cambiado, ya no miro el móvil, ya no hablo con mis amigas, ni con guiris que sostienen el cubata en la mano con cara de:

(Con voz de guiri.)

qué "coña" hago yo aquí.

Me quito de encima a un argentino de los que se arriman porque piensan que las mujeres de aquí son más fáciles, me quito a un pesado con tatuajes, me escapo, en fin, del espectáculo que montamos cada viernes y cada sábado para arrancarle un trozo de vida a la vida. El espectáculo ya no importa porque entra él, y me alzo en puntillas para ver por encima de las cabezas y le veo. Y nadie me pregunta por qué de repente estoy tan ilusionada. Y esta palabra ahora se me queda grande,

ILUSIÓN,

porque esta noche viene al bar por mí, solo por mí, en vez de estar con sus amigos, con argentinos, con guiris, ligando con alguna diva de pueblo... Ha venido a verme a mí, a mí, a mí. Que a veces me recojo el pelo porque no tengo ganas de lavármelo, que compro en los supermercados y nunca llevo bolsas, que me gasto el poco dinero que hago en entradas para conciertos y vestidos estampados.

*Tal vez poseéis, don Juan,
un misterioso amuleto,
que a vos me atrae en secreto
como irresistible imán. (Zorrilla)*

Soy yo la que viene a ver, y se me eriza la piel, ha cruzado esta ciudad llena de guiris, de argentinos, de okupas y de gente que duerme de 10 a 8, esta ciudad que nos aburre y nos indigna y nos ama y que no entendemos. Por mí.

El aire de esta visita es clandestino, me busca y me encuentra, me siento tentada de abrazarle, de decirle,

cuánto te he echado de menos, cuánto necesitaba que estuvieras aquí,

pero solo pensarlo hace que me ruborice como un dibujo animado, así que me hago la loca: me doy la vuelta y espero a que llegue y un, dos, me da unos toquecitos en la espalda, como un pajarito hambriento. Te tengo comiendo de mi mano.

Y no me cuenta mucho de lo que ha hecho: que se ha escapado de un grupo de amigos que te aburría. Este chico está muy sobrio a las dos de la mañana, huele a champú, su ropa parece intacta, estoy segura de que podría haber salido de tu casa hace quince minutos, o de la casa de alguien, digo

ya, ya de estar con tus amigos.

Pero sí dejó a alguien atrás es solo que le aburría quienquiera que fuese y decidió irse. Y hablamos hasta que cierra el bar, y cuando vamos de camino hacia el metro nos separamos de mis amigas, que apenas recuerdan su nombre, y se queda conmigo. Pregunto por aquella conversación de teléfono en el café, y me dices que era una chica a la que estabas viendo, y con la que has cortado.

Por un segundo me quedé perpleja porque no esperaba que en su vida existiera una mujer. No, no, cómo podría haber existido alguien antes que yo, cómo podría haber habido alguien a quien buscara en esta ciudad a las dos de la mañana antes que a mí. Y pienso que se quiere alejar o que es muy torpe, que no ha visto aún que si quieres ligar conmigo, atraer mi atención no puede haber otra mujer ni en pintura, no, no, no, solo puedo existir yo en esta ciudad desierta. Solo le sonrío y le pregunto, nada, un poquito por ella, solo por curiosidad, cómo es, cómo se llamaba, qué edad tenía, cómo vestía, era alta, rubia, gorda, delgada, se mordía las uñas, de dónde la conocías, cuánto tiempo llevabais juntos y le noto parco, para, reclusa, me atrae hacia sí con medias sonrisas, con pausas melodramáticas,
qué hijo de puta,
pero qué hijo de puta
qué bien lo sabía hacer.

Nos vemos en el café, dice, y se separa de mí, con dos besos. Supongo que imaginaba que trataría de besarme, que lo jodería todo, que lo que en realidad le pasaba era que estaba cachondo, que le había dejado su novia, que había tomado que le diera mi teléfono como una prueba de que iría detrás de él y le metería en mi casa a la mínima.

Solo me dios dos besos, uno y dos,

lo sabía hacer bien desde el principio,

cabrón,

y se fue con las manos metidas en los bolsillos de la cazadora vaquera. Los tacones de sus botas resonaban en el asfalto y me quedé unos segundos mirándole el culo y pensando si era una de esas joyas de hombre que saben esperar, que no tienen prisa por follarte, por conquistarte, que no agonizan por tu atención y que les va el buen rollo, la amistad, la calma chicha.